

José Manuel Blecua en Ágreda

Hace unos años, desescombrando un edificio en ruinas, encontré un pequeño cofre repleto de joyas maravillosas, un auténtico tesoro de bolsillo: contenía los caprichos de Goya, flores, el Cid, el romancero, el Siglo de Oro, canciones mozárabes y entre tanta maravilla una



deliciosa descripción del pueblo de Ágreda en 1951 publicado por José Manuel Blecua en el Heraldo de Aragón de 2 de Septiembre del mismo año, bajo el título de «*Gracia y figura de un pueblecito*» y que comenzaba así:

«Desde cualquiera de los cerrillos que dominan el pueblo, se percibe con nitidez su primitivo carácter militar y monacal. Ágreda es una avanzadilla castellana que está apuntando la ascensión aragonesa por el camino de Tarazona a Soria. Los vigilantes torreones medievales se yerguen aún desafiantes con sus piedras de color caramelo, aunque más de uno, como pasa en otros pueblos, sirva hoy de vivienda a pacíficos labradores que no lanzan dardos, sino que adornan las ventanas con bellísimos geráneos. Gran parte de la muralla ha desaparecido, pero todavía quedan restos perfectos. Por estas tierras luchó el elegante Marqués de Santillana con armas y versos. Por aquí escribió alguna deliciosa serranilla ("Serranillas del Moncayo / Dios vos de buen año") y contendió con Juan Dueñas.

Las torres de las iglesias desafían a los torreones medievales. ¿Cuántas iglesias tiene este pueblo? Abundan las joyas de transición del románico al gótico y los retablos del siglo XV. Las iglesias, aun las que no están dedicadas al culto, son quizás las iglesias más pulcras de España. Ni una mota de polvo ensucia las paredes o los viejos oros de los retablos».

No se podría hacer una reseña de la importancia histórica y humana de nuestro pueblo con tanta maestría y sencillez si no procediera de la mano de un hombre que unía a su erudición profesional un conocimiento profundo y personal de la materia que estaba tratando. Y no puede ser de otro modo puesto que Blecua, además de ser un profundo conocedor de la lengua española, su literatura y su historia como catedrático de estas materias, tenía una hermana, Lola Blecua, que vivía en Ágreda y que estaba casada con un insigne paisano, Julio Cacho, taxista entre varios oficios. José Manuel Blecua, por aquellos años 50 y 60 no dejaba de visitar cada verano nuestro pueblo con su mujer y sus dos hijos, Alberto, al que llamábamos "el Coyote" por su extremada vitalidad, y José Manuel, más sereno

y reposado. Ambos han alcanzado sendas cátedras en Barcelona en las especialidades de su padre y José Manuel, el mayor, ha sido hasta no hace mucho tiempo Director de la Real Academia de la Lengua Española, de la que su padre había sido Académico de Honor.

Sin embargo posiblemente esta

familia pasó las mejores temporadas de su vida en Ágreda. Recuerdo a sus hijos, que no lo pasaban mal formando parte de la cuadrilla de los hijos de Don Paco Pérez Caballero, el farmacéutico. Y también recuerdo, pero vagamente, a los padres con el grupo que frecuentaba el jardín de Sebastián Jiménez. Sin embargo, no todo serían tertulias de jardín y rebotica porque podemos leer a continuación cómo Blecua percibía los encantos y la estampa de Ágreda en contraste con su vida cotidiana en Zaragoza. Casi con toda seguridad, daría descanso a su reconocida afabilidad y a su proverbial sordera, con largos paseos de los que no se puede excluir el Cerro de San Blas, paseos que pudieron haber desencadenado estas magistrales impresiones:

«El Moncayo está ahí mismo, casi al alcance de la mano, con su color grisáceo como el inmenso torso de un elefante geológico. Al atardecer, con la puesta de sol, ese torso gris va adquiriendo poco a poco un tinte violeta oscuro, que tan bien describía Antonio Machado cuando hablaba de Montes de violeta. Una puesta de sol desde estas alturas es un espectáculo de una belleza increíble y llena de tesoros fabulosos.

Desde el cerro, el pueblo se recorta límpido y perfecto. Al atardecer, antes de que comiencen a humear las chimeneas, parece un pueblo dormido, silencioso y casi abandonado. Una sensación de tranquila serenidad invade el ánimo. Ni una tenue nubecilla de polvo se eleva de las calles. Para los zaragozanos que veraneamos aquí es un fenómeno extraño y asombroso. Las torres de las iglesias y conventos, los torreones de las murallas se incrustan en una atmósfera de cristal. Al fondo, las tierras paniegas dan los oros de los trigos o los rojos húmedos de un campo ya labrado, mientras los verdes de las huertas y paseos cantan sus mejores sinfonías.

Dentro del pueblo, el aire sigue siendo cristalino y sutil. Las polvorientas calles, a que estamos tan acostumbrados, aquí están perfectamente asfaltadas. Y no solo las calles principales, sino esas callejuelas secundarias que van a dar a las huertas o a las eras.

Una amorosa y ejemplar gestión municipal ha logrado transformar en pocos años la atmósfera del pueblo. La gestión ha afectado tanto a lo material como a lo espiritual. Me explicaré."

Hoy podemos apreciar el pueblo con suma facilidad desde «el Cerro» poblado de aerogeneradores pero es harto difícil que podamos obtener una imagen tan compacta del casco urbano de Agreda como la que Blecua nos describe, porque ya no «se recorta límpido y perfecto» tras el crecimiento tan desordenado que ha padecido en estos últimos sesenta años de dispersión urbana.

Pero Blecua estaba muy atento también al detalle, a la corrección, a la gente, al factor humano:

«El pueblo, como tantos otros pueblos españoles, carecía de los servicios de aguas, de buenos alcantarillados y desagües, de paseos, biblioteca, etc., etc. Hoy puede servir de ejemplo. El paseo es sencillamente una maravilla. Su extensión es mayor que el de nuestro paseo de la Independencia, los castaños de Indias dan una sombra tupida y fresca y los bancos distan mucho de ser esos tristes y humildes bancos de madera. Por la noche, su iluminación es perfecta. El Ayuntamiento se ha gastado unos miles de pesetas en soberbias y no mortecinas lamparas de mercurio que nadie roba ni rompe. Sí, nadie las rompe ni las roba, a pesar de que la alameda se extiende lejos del pueblo. ¿No es extraordinario que un pueblo de escasos cinco mil habitantes pueda darnos tal lección de urbanidad? Porque «urbanitas», como sabe ya cualquier niño de segundo curso de Bachillerato deriva de «urbem» y no de «populum», del mismo modo que «cortesía» deriva de «corte» y no de «cortijo». Y, sin embargo, aquí está la lección ejemplar.

Pero es que Agreda es sencillamente un pueblo fino, con finura que va desde el aire que lo rodea a sus habitantes. ¿Cómo ha hecho el Ayuntamiento para que no haya gamberros?, se preguntará cualquier zaragozano de los que leen en la prensa diaria las admoniciones de nuestras autoridades o los artículos de nuestros escritores. Pues de un modo muy sencillo: el Ayuntamiento, como en tantas partes no ha hecho más que colocar las bombillas, cuidar los jardincillos y hermopear el pueblo. Los habitantes han puesto el resto, han alentado una obra que veían beneficiosa para todos y en todos los aspectos y han colaborado con

todo cariño en esa obra. El resultado es un pueblo con gracia y finura. Un pueblo que se permite el lujo de tener un quiosco rodeado de tubos fluorescentes que nadie ha roto ni ha robado, alamedas umbrosas que nadie ensucia, grupos escolares sin barrotes en las ventanas y una pequeña pero bien escogida biblioteca, en la que he encontrado alguna sorpresa.

El problema es sencillamente de educación y la educación se adquiere en casa y en la escuela. La educación urbana no es muy diferente de las otras, sino un aspecto, y no el más desdeñable, de una educación integral. Urbanidad no es otra cosa que el arte de vivir en la urbe, en la ciudad y de convivir con los demás. Y es arte que cuando no se lleva dentro hay que enseñar, y hay que enseñarlo con todo rigor y en todas partes: en casa, en la escuela, en el instituto, en la fábrica, en el colegio y hasta en el cine."



José Manuel Blecua (hijo), a la izquierda en primer plano. Tras él, Manolo Pérez Caballero y Juan Francisco Cacho.

Y finalmente ha surgido el maestro entrañable, la admirable vocación de enseñanza que tan brillantemente se pone de manifiesto en todos y cada uno de los capítulos que se recogen en esta recopilación de más de ochenta artículos periodísticos publicados a lo largo de su vida por Blecua. Fueron seleccionados y editados en 1981 por Ediciones de Heraldo de Aragón bajo el título «La Vida como Discurso». Un librito delicioso, tan sutil y tan delicado, un verdadero tesoro entre cuyas joyas más preciadas, todas ellas dedicadas a hitos y figuras señeras de la cultura española, brilla con especial resplandor la perla que con tanto cariño, admiración y respeto, dedica a nuestro pueblo y sobretodo, a nuestras generaciones anteriores.

